

de los antepasados. El cristianismo era tolerado á condición de disfrazarse, y cuando los comerciantes europeos, entre ellos los Portugueses y otros, pudieron establecerse como huéspedes en las ciudades del litoral chino, fueron los primeros en desvirtuar los esfuerzos de los misioneros cristianos, temiendo con razón que la propaganda de aquellos sacerdotes comprometiese sus intereses. Macao, la factoría concedida á los Portugueses para su tráfico, no fué, como lo esperaba Roma, el atrio de la gran Iglesia de Oriente.

Sin embargo, un jesuita italiano, Ruggiero, vestido de Chino, logró en 1581 penetrar en Cantón, y al año siguiente fué seguido por el famoso Ricci, que acabó por llegar á ser un gran mandarín y por representar un papel político importante. Llegó al imperio en una época de las más críticas para los destinos de la nación, puesto que los Mandchues comenzaban entonces sus invasiones, que habían de tener como consecuencia la caída de la dinastía china de los Ming. Los sencillos sacerdotes extranjeros supieron moverse fácilmente y sin tropiezos en aquel mundo de astucias y de intrigas que agitaba el conflicto de los intereses entre los partidos, y pronto se hicieron indispensables. Sabido es cuán grandes eran entonces las ambiciones de la orden: se proponía el imperio del universo; sus enviados, sabiendo hacerse «todo á todos», iban á vivir sencillamente en medio de los salvajes, y como sabios diplomáticos entre los civilizados. En todas partes les era necesario triunfar, entre los Guaranis del Paraguay como entre los Chinos y los Mandchues del Oriente de Asia. Mas para preparar á estos últimos un «camino de terciopelo» hacia el cristianismo occidental, los misioneros hubieron de extremar la tolerancia hasta hacerse Chinos ellos mismos, adaptando su fe á las costumbres de la nación, insistiendo mucho más sobre el único verdadero Dios que sobre las tres personas divinas, no viendo en el culto de los antepasados más que un acto laudable de piedad filial y cerrando los ojos sobre los casos de poligamia justificados por el deseo de perpetuar una descendencia varonil¹. Gracias á todas esas complacencias, en las cuales el dogma cristiano acababa por desaparecer, la religión católica pudo aspirar á ocupar un lugar en el imperio al

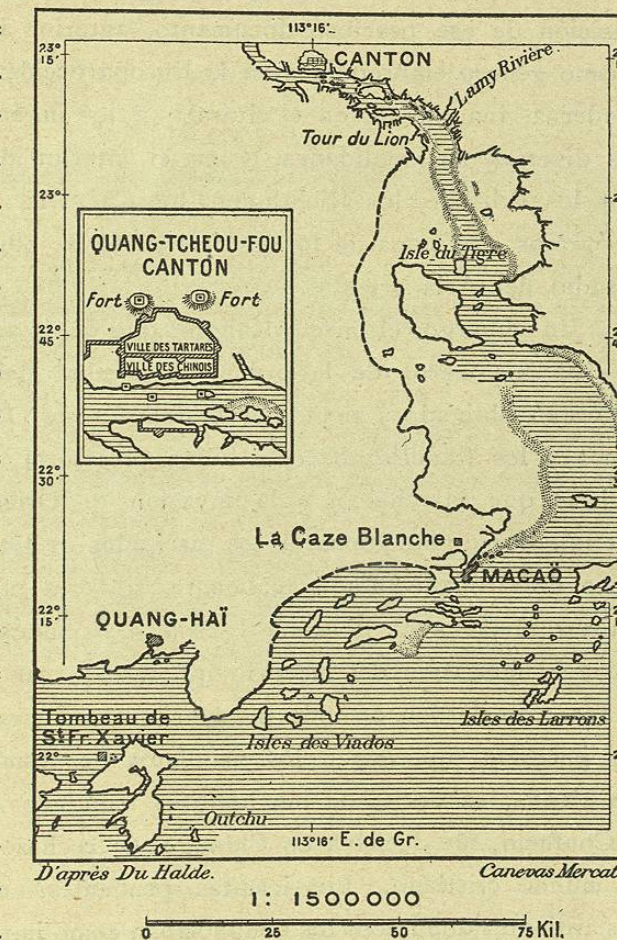
¹ A. de Pouvourville, *L'Empire du Milieu*, p. 150.

lado de las otras religiones oficialmente registradas, confucianismo, budhismo, taoismo, y los padres jesuitas llegaron á ser elevadísimos personajes: Adam Schaal hasta fué nombrado doctor de Kanghi, pero ese puesto «demasiado» envidiable le costó caro, puesto que los regentes le encerraron en una cárcel y le condenaron á ser «cortado en mil pedazos», pena que fué conmutada por la de prisión perpetua¹.

El gran período de honor para las misiones de los jesuitas data del reinado de Kanghi, que tomó el gobierno personal en 1667, hombre inteligente y deseoso de dejar un gran recuerdo en la historia. Kanghi reconoció en seguida el valor científico de los misioneros de que le había rodeado la orden de los jesuitas y que habían sido escogidos cuidadosamente entre los padres más instruidos; astrónomos, matemáticos, geógrafos. Después de haber establecido una especie de concurso entre los sabios indígenas y los misioneros extranjeros, Kanghi designó al padre Verbiest para redactar un nuevo calendario, y el astrónomo flamenco, más

N.º 411. El río de Cantón y Macao.

Reproducción del trazado de los jesuitas.



¹ J. Macgowan, *A History of China*, p. 528.

intransigente en ciencia que en el dogma religioso, mantuvo con rigor las correcciones que dictaba á sus colegas chinos. El carácter científico de los padres jesuitas adquirió tal importancia, que Kanghi les encargó de explorar el imperio, trazar el mapa detallado y les abandonó todo un personal de mandarines para esta obra capital. En 1708 los misioneros Bouvet, Regis y Sartoux comenzaron la construcción de ese precioso documento, anterior aún á los trabajos del mismo género emprendidos en la Europa occidental. Hasta la época moderna, inaugurada en el litoral por los ingenieros hidrógrafos de las diversas nacionalidades, y en el interior de la Flor del Medio por los Fritsche, los Richthofen, los Chevalier y otros geodésicos y geógrafos, ese mapa de los jesuitas sirvió de punto de apoyo para el estudio del Asia oriental.

Sin embargo, el mismo Kanghi, que debía amplio reconocimiento á esos misioneros de la orden, en nombre del progreso científico, se creyó obligado á perseguir la religión de Occidente. Los dominicos y los franciscanos constituían el grueso del ejército de catequistas que marchaban á la invasión de Oriente, pero no tenían los talentos diplomáticos de los discípulos de Loyola: seres sencillos, poco desarrollados intelectualmente, sin otra pasión que la de conquistar almas para la santa Iglesia y dejándose ir voluntariamente hasta el fanatismo del martirio, predicaban cándidamente su fe chocando, con desdén de toda prudencia, con las costumbres chinas que les parecían opuestas á los mandatos de Roma. La «cuestión de los ritos», es decir, de los honores tributados á los antepasados y á Confucio, fué decisiva en China, y su rechazo fué temible en todo el mundo cristiano. Los jesuitas, prudentes, autorizaban esos ritos; los ardientes dominicos los denunciaban como impíos, y las autoridades de la Iglesia, solicitadas de una parte y de otra entre sus intereses, se mostraban muy perplejas. En 1645, Inocencio X condenaba los ritos chinos en vista de la exposición del dominico Morales. En 1656, Alejandro VII los autorizó en vista de una nueva exposición del jesuita Martini. En 1669, Clemente IX confirmó á la vez los dos decretos de sus predecesores¹, esperando escapar así al peligro de una

¹ H. Hauret, *La Mission de Kiangnan*, p. 24.

solución. Luego, en 1693, tuvo lugar, por último, el acto de condenación oficial, casi inmediatamente después de un edicto de tolerancia absoluta.

Bajo el «cayado» de los pastores dominicos, los católicos se contaron pronto por centenas de miles en las provincias del Sud y en las del valle del Yangtse; pero quizá el éxito de la propaganda



JAPÓN — UNA PUERTA DE TOKIO

Cl. J. Kuhn, edit.

en esas regiones del Mediodía era debido parcialmente á los sentimientos de rebeldía que todavía fermentaban en la población contra los conquistadores venidos del Norte, por lo cual el virrey de Cantón suplicó al emperador, en una larga Memoria (1716), que hiciera frente al peligro y expulsara á los misioneros, esos hombres «cuyo único objeto es seducir las almas para inducirles á creer doctrinas contrarias á las de los grandes sabios de la China». Kanghi aceptó la demanda del virrey de Cantón, y, aunque tomando medidas de excepción en favor de algunos de los residentes en Pekin, decretó el destierro de todos los demás sacerdotes católicos, con penas severas contra los que continuaran viviendo secretamente en las provincias. La razón determinante del acto de proscripción, análogo al

que Luis XIV, el Kanghi de Occidente, acababa de adoptar contra sus súbditos de religión protestante, procedía de la audaz intervención de Roma en los negocios interiores de China. Celoso de su autoridad, Kanghi se había indignado viendo un legado del papa que se permitía establecerse en Pekín para decidir de cosas que interesaban directamente á su imperio, y además quería poner fin á las molestias que le causaban las disensiones entre jesuítas y religiosos de otras órdenes.

En realidad, esos acontecimientos constituían un triunfo de la Iglesia católica tradicional contra los jesuítas, pero un triunfo muy costoso, puesto que la misma Iglesia perdía una de las más importantes provincias de su dominio. Porque la persecución fué eficaz: la religión de los Occidentales, después de su era de prosperidad, desapareció casi por completo del imperio hasta la nueva invasión de los misioneros que se produjo en el siglo XIX, bajo la presión comercial y política de la sociedad europea. Pero la fase moderna de la propaganda no presenta las mismas condiciones que la antigua, porque se dirige mucho menos á la población residente y trabajadora de las «Cien familias», que á los habitantes, más ó menos desclasificados, que tienen interés en hallar protectores mundanos en sus «padres espirituales»¹ y, por su mediación, en los consulados de las potencias extranjeras.

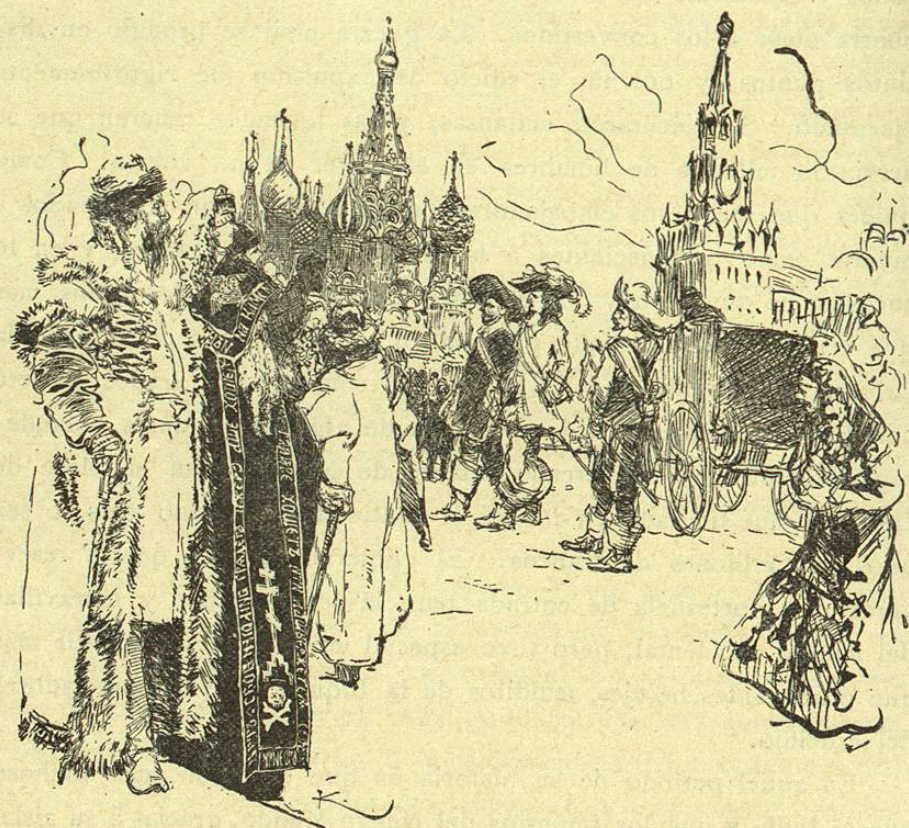
También en la parte meridional del Japón hizo el cristianismo su mayor progreso después de la llegada de Francisco Xavier en 1549. Si han de creerse las Memorias de los misioneros jesuítas, cerca de doscientos mil fieles, constituídos en dos centenares de localidades religiosas, confesaron la fe católica antes del final del siglo XI. Según Charlevoix, historiador del Japón, un príncipe envió una embajada al «grande, universal y santísimo Padre del mundo entero, el señor el Papa», para atestiguar su obediencia y su docilidad como inquisidor y destructor de broncerías. Pero el dictador Kaikosama, el poderoso amo japonés que se había despojado de la señoría feudal más ó menos decorativa del emperador de China, tuvo celos de esa ingerencia política de enviados extranjeros que tomaban aires de

¹ A. de Pouvourville, *L'Empire du Milieu*, p. 150.

amos, pretendiendo dirigir las conciencias y hasta reemplazar á los padres para bautizar los recién nacidos. En 1587 lanzó un edicto contra los misioneros jesuítas, ordenándoles salir del país en el plazo de veinticuatro días. Los religiosos se apresuraron á conformarse en apariencia con aquella orden, y, cambiando de vestidos, se convirtieron oficialmente en simples traficantes, como los tratantes portugueses que se habían establecido junto á ellos en los puertos. Se consintió en tolerar su presencia bajo ese disfraz, pero franciscanos y dominicos les denunciaron al poder, después de excitar unos contra otros á los convertidos. La guerra civil se produjo en distintos puntos, y por fin el edicto de expulsión fué rigurosamente ejecutado. Se ejecutaron matanzas, y las leyendas refieren que se arrojaron millares de hombres en el cráter de un volcán. Como quiera que sea, unos embajadores portugueses fueron condenados á muerte como pertenecientes á la religión de los rebeldes, y en lo sucesivo no quedaron ya en el Japón, durante más de dos siglos, más que cristianos tímidos que practicaban sus ritos en secreto, bajo la cubierta del budhismo ó del sinto. El conjunto del tráfico directo con Europa, mediante la intervención de algunos tratantes holandeses, residentes en un cercado delante de Nagasaki, en el islote de De Sima, fué limitado en 1685 á la cantidad de 300,000 taels, ó sea unos dos millones de francos. El gobierno japonés quería reservarse una portezuela de entrada para las curiosidades y maravillas del mundo occidental, pero tuvo especial cuidado de no admitir más que protestantes herejes, malditos de la Inquisición y despreciadores del crucifijo.

En aquel período de su historia en que el Japón, más dichoso que la India y que los Imperios del Nuevo Mundo, gracias á su aislamiento y á su naturaleza insular, lograba arreglar prudentemente sus relaciones con los Occidentales, realizaba también una importante revolución interior. Verdadero Richelieu del Japón, Taikosama y su sucesor Iya Yassa lograron romper el poder del feudalismo aumentando el número y disminuyendo el valor de los feudos, y sobre todo atribuyéndoles vanos honores y privilegios quiméricos en la corte de un príncipe quimérico también, el emperador ó mikado, á quien la adoración tradicional de sus súbditos anegaba en su gloria y pri-

vaba de todo contacto con los hombres, de toda participación enérgica en los acontecimientos. En cuanto al regente ó *siogun*, se reservaba el derecho del mando, la acción; el nombre de «Rey Sol» se dejaba al príncipe encerrado, pero al siogun correspondía la fuerza para suscitar ó para destruir.



EL SIGLO XVIII. — NOTICIA HISTÓRICA

FRANCIA. Luis XIV nació en 1638, reinó desde 1643 y gobernó desde 1661 á 1715. Entre otros hijos, tuvo de María Teresa, muerta en 1683, el Gran Delfín, y de la señora de Montespan que, sucesora de la señorita de la Vallière, fué querida titular desde 1668 á 1682, el duque de Maine (1670-1736); la señora de Maintenon, esposa del rey á partir de 1684, murió sin hijo. El Gran Delfín murió en 1711; su primogénito, el duque de Borgoña, en 1712; el duque de Bretaña, hijo de éste, en 1712; el duque de Berry, segundo hijo del Gran Delfín, en 1714. A la muerte de Luis XIV sólo quedó el duque de Anjou, nacido en 1710, segundo hijo del duque de Borgoña, que llegó á ser el rey Luis XV. El Regente, Felipe de Orleans, nieto de Luis XIII, murió en 1723, poco después de la mayor edad de Luis XV. Bajo el nuevo reinado, Fleury estuvo en el poder desde 1726 hasta 1743. Luis, hijo de Luis XV, murió antes que su padre, en 1765, por lo que el nieto de este último, nacido en 1754, subió al trono en 1774 y reinó hasta la Revolución.

PRUSIA. En 1415 un Hohenzollern llegó á ser margrave de Brandeburgo. Federico Guillermo, gran elector desde 1640 hasta 1688, acogió á los Hugonotes; su hijo Federico III se hizo rey y como tal se le conoce con el nombre de Federico I, Federico Guillermo I, el rey sargento, que reinó desde 1713 á 1740, y Federico II el Grande, de 1740 á 1786. Le sucedió un sobrino, Federico Guillermo II, seguido de otros Federico Guillermo.

AUSTRIA. Carlos VI, emperador y rey (1711-1740), no dejó más que una hija, María Teresa. Esta ejerció el poder de 1740 á 1780, pero el elector de Baviera fué nominalmente emperador de 1742 á 1745, después Francisco I, esposo de María Teresa, y José II, su hijo (1765-1790). Le sucedió su hermano Leopoldo, después Francisco II, hijo de este último (1792-1835).

GRAN BRETAÑA. Á la muerte de Ana (1714), excluido su hermano Eduardo Estuardo por su religión, el heredero de la corona fué Jorge de Hanover, descendiente por su madre de Jacobo I. Cuatro Jorges se suceden de 1714 á 1830.